

TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



Al grito de guerra

¿Hay algo más mexicano que un partido de fútbol en un estadio del Sur de Estados Unidos? Difícilmente. Somos especiales para el relajo y si éste se mezcla con una celebración patriótica, pues vamos a ver quién nos gana. En un estadio de fútbol la catarsis pasa por ridiculizar al rival; pero primero lo hacemos nosotros.

El pretexto para el encuentro con los símbolos patrios lo brinda un juego entre la selección mexicana y el representativo de Venezuela. Los hijos de Hugo Chávez parecen un buen sinodal para las huestes de nuestro Hugo, Sánchez, desde luego. La selección no ha ganado en la era del Pentapichichi. Hay que intentarlo en un estadio en donde el mismo Hugo jugó en los años 70 con el equipo de los San Diego Sockers. Es la casa de los Chargers de San Diego, el Qualcomm Stadium. La selección mexicana regresa a San Diego después de aquel empate de 2005 ante la selección de Suecia en el Petco Park, a la orilla del Pacífico. Pero hoy la gente viene a ver ganar a Hugo su primer partido como seleccionador nacional y de paso tapparle la boca al odioso Ricardo Antonio Lavolpe.

El cruce de Tijuana por las garitas de San Ysidro y Otay es la locura. El juego deberá arrancar a las 19:45 horas y desde las 15 horas ríos de autos se enfilan hacia el Norte. La ola verde supera con mucho a la roja del ex alcalde de Tijuana. Este miércoles 28 de febrero será histórico o así lo queremos recordar los mexicanos. ¡Viva México hay que gritarlo desde las entrañas mismas de los vecinos, que se oiga, que se sienta, para eso están

nuestros ídolos aztecas; no importa que no jueguen los "europeos" (Márquez y compañía), que con Cuauhtémoc tenemos.

Llegar al estadio es complicado, la sorpresa es que la reventa existe y quienes se dedican a ella son anglos; parece no quedar duda, ellos son los marginados de la noche. La caravana azteca la conducen Jorge, Tofiita y el Doc, seguidos de cerca por los Juanes: Tenis y Geo, éste último en su papel de copiloto. Perseguir a dos autos es complicado, pero finalmente la libramos. Aquello es una fiesta monumental. La policía sandieguina luce nerviosa con tanta raza reunida. Nuestros vecinos se adelantaron con varios six de Budweiser. Cuando llegamos ya están dispuestos a alinear con la selección. Una familia que por sus rasgos se delata como estadounidenses pasa enfrente de toda la raza y de inmediato la carrilla surge: "Hey se equivocaron de partido, hoy no juegan los Chargers, juega México". Lo mismo cuando algunas venezolanas de buen ver pasan cercanas; el respetable se desvive.

El Qualcomm luce pletórico. Se anuncia un nuevo récord de asistencia para un partido de soccer: 63 mil 328 aficionados. (¿Cuántos de ellos serán indocumentados?). El July dice que son 63 mil 326, pues vio que dos se retiraron. Hasta el famoso Compayito anda por aquí. Todo sea por la fiesta patriótica, todo sea por ver ganar a México en un estadio que debiera ser nuestro. Llamen la atención los atuendos y la necesidad de hacer ruido. Los que más destacan son los enmascarados;

los émulos de la Parka o Rey Misterio o hasta el mismísimo Chapulín Colorado. Alex, July, Rodri, Conejo, Juan Carlos, Jorge, Iván y su primo Adolfo sueñan con alinear un día con el Tri.

Lo de los símbolos patrios es pretexto pues cuando entonamos el himno y aparece en pantalla el tremendo Cuauhtémoc Blanco, el Cuau para los cuates, el estadio ruge y corea el nombre del "mejor jugador mexicano del momento". El respeto que espere un poco, que para eso pagamos el boleto, para echar desmadre (En ese momento recuerdo el magnífico trabajo de Carlos Monsiváis a propósito del mundial de 1986 publicado en Cuadernos Políticos, y que con sello inigualable tituló: "Goool. Somos el desmadre"). Lo mismo cuando suena el himno venezolano, nadie se da cuenta. El juego parece lo de menos; bueno pero si ganamos, pues qué mejor. Pero todo marcha bien. Andrés Guardado -quien sin duda está destinado a ser el mejor jugador en la era Sánchez- abre el marcador y le sigue el orgullo de Tijuana, Fernando Arce, y para cerrar con broche de oro el mismísimo Cuau se hace presente mediante el cobro de la pena máxima. Al final, un jugador de Venezuela descuenta, pero es lo de menos; el triunfo se ha consumado y Hugo luce satisfecho y su ego queda a salvo. Los venezolanos dicen nos vemos en la Copa América que allá contaremos con el apoyo del comandante Chávez y a ver de qué cuero salen más correas. Al final nos hemos divertido. Nosotros regresamos a nuestro Sur, muchos se quedan pues no pueden cruzar a México; la migra se hace de la vista gorda.

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx

El autor es investigador del departamento de estudios de administración pública del Colegio de la Frontera Norte.